

LA POSICIÓN DEL ISLAM EN EL MUNDO ACTUAL

Reinhard Lauth. Universidad de Munich

Traducción: Alberto Ciria.

Nota del traductor

El texto que a continuación se reproduce corresponde a la traducción de la conferencia que, a título privado, Reinhard Lauth pronunció el 16 de marzo de 1996 para un reducido círculo de discípulos y de estrechos colaboradores. Este carácter próximo del auditorio eximió al ponente de explicar en detalle los presupuestos desde los cuales se mantienen unas tesis que se afirman en tono muy categórico, al tiempo que le cedían margen para permitirse unas ciertas «licencias filosóficas», que todo lector sin duda advertirá. Al presentar ahora el texto a un público general, parece que sin una explicitación aun sucinta de dichos supuestos, tales afirmaciones no se sustraerían fácilmente a la sospecha de ser gratuitas e infundamentadas, más aún, tendenciosas. Esto aconseja un breve comentario preliminar.

Es característico de Lauth una interpretación de la historia, esto es, un alumbramiento del logos histórico, en términos de una lucha de fuerzas de naturaleza religiosa. Pero estas fuerzas, que poseen una lógica interna que justamente permite «interpretar» la historia, no libran su encuentro a costa de excluir al individuo como lo particular desdeñable: más bien, y por citar unas bellísimas palabras de Dostoievski, la arena donde estas fuerzas pugnantas se enfrentan es el corazón de cada hombre, quedando sujeto el resultado de la lucha a la responsabilidad personal. De ahí el tono exhortativo y apremiante de la conferencia, que Lauth, por otra parte, ha sabido heredar de Fichte.

Depende del arbitrio de cada lector el admitir que la identidad nacional de los pueblos es de naturaleza religiosa, pero si se acepta esta premisa, es forzoso desembocar en la inquietante conclusión de que Europa, a causa de una hipertrofia del racionalismo y la crítica ilustrada, se ha desarraigado de sus raíces prístinas y ha caído en un trivialización universal que, a juicio de Lauth, es de sesgo norteamericano, un pueblo precisamente con poca historia. Frente a ella, el mundo islámico irrumpe con una fe radical y de hondas tradiciones históricas en sus posiciones, pero también absolutamente acrítica, lo cual le conduce con frecuencia a la extralimitación y el fanatismo. Este enfrentamiento, cuando no se libra en un dominio intelectual o académico sino en el plano vital más inmediato, es por tanto desequilibrado, toda vez que el Islam, a diferencia del judaísmo, posee una autojustificación, es más, una exigencia interna de su propio expansionismo. El único

modo de detener un desenlace directo del que Lauth aduce dos elocuentes precedentes históricos, es restablecer el *vínculo viviente* con las fuentes del cristianismo, primeramente a través de sendos sacramentos del bautismo y la eucaristía. El autor se esfuerza en mostrar que el bautismo, según lo introdujo Juan el Bautista, es una forma de filiación a Dios religiosamente más evolucionada que la que pueden aportar el Islam y el judaísmo. La eucaristía significa que, en virtud de la encarnación y sacrificio de Cristo, el cristianismo es la religión de la celebración y glorificación de la carne, y no, como tan a menudo se cree, de su condenación y mortificación.

Todos estos planteamientos pueden, desde luego, aprobarse, matizarse, o rechazarse, y, en cualquier caso, la prudencia y la reserva nunca son desaconsejables; pero, al margen de ello, considero que encierran un interés y una actualidad suficientes como para que la traducción de la conferencia haya sido oportuna.

Debo agradecer a Jacinto Rivera de Rosales de la U.N.E.D. y a mi gran amigo Javier Escribano su buena disposición y sus impresiones críticas al texto; me honra, por último, expresar mi deuda de gratitud y reconocimiento a Valentín Aísa por sus valiosas apreciaciones sobre la traducción y sobre la conferencia.

Texto

A quien se plantea la pregunta acerca de la actividad filosófica en el mundo actual, tiene que resultarle llamativo que la filosofía moderna, y en particular la filosofía trascendental, pueda enseñarse e investigarse por doquiera, salvo en la zona islámica de nuestro mundo. Pero el Islam se mantiene en una confrontación sangrienta con el mundo que profesa otra fe, desde Afganistán, y a lo largo de Acerbayán, Chechenia, Palestina y Turquía, hasta Bosnia; y las guerras que ahí se han desencadenado son la expresión de una diversidad que enraíza muy profundo en cuanto a las convicciones fundamentales, también allá donde ésta apenas se advierte de un modo consciente. Hay que advertir además que el Islam se gana cada vez más adeptos. Menciono sólo los extraordinarios éxitos misionales en Africa, que van de la mano con un retroceso del cristianismo. Tiene también que ver con esto el que cada vez más mahometanos vengán a países occidentales en busca de trabajo. Por fin, hay que advertir que el Islam se encuentra embarcado en una confrontación fundamental, de la que da testimonio el fundamentalismo. Esto último, también en el sentido de que el Islam desarrolla determinadas formas de resistencia a la ilustración occidental.

A la vista de estos hechos, parece apremiante investigar los fundamentos de tal actitud. Pero si nos preguntamos si el Islam es comprendido, topamos con un hecho sorprendente. Mientras que, desde hace cuatrocientos cincuenta años, el cristianismo se investiga críticamente, el conocimiento del Islam está todavía en pañales. Esto es en verdad incomprensible si se piensa que, desde el siglo VII, la cristiandad y Europa se mantienen en una lucha a vida o muerte con el Islam. Quiero caracterizar brevemente las circunstancias aquí reinantes.

Las investigaciones de H. Lammens han conducido al resultado de que la «Sira», es decir, la historia de la vida de Mahoma, con toda probabilidad no puede considerarse una fuente auténtica, sino que se habría desarrollado a través de una fantástica propagación de los mensajes que se encuentran en el Corán. «La redacción de la Sira no viene de dos fuentes paralelas e independientes entre sí que se completarían mutuamente y podrían controlarse recíprocamente, sino de una única, el Corán, que fue interpretado por la tradición en un sentido esclavista, e interpretado con arreglo a ideas preconcebidas.» La consecuencia de esto es que ni siquiera podemos decir con seguridad quién fue efectivamente el escritor o los escritores del Corán. Tampoco puede probarse con seguridad, y ni siquiera con una mera probabilidad, ningún tipo de literatura árabe previa a la redacción del Corán o al menos contemporánea suya.

Con este estado de cosas, no queda sino —como ha formulado el profesor Théry del Angelicum de Roma (que publicó con el pseudónimo de Hanna Zaccarias)— criticar el Corán desde el Corán. Pero esto topa con dificultades prácticamente insuperables. Como se ha dicho, antes del Corán no había ninguna literatura árabe; el escritor del Corán ha configurado él mismo la lengua en la que está redactado el libro. Por motivos diversos, pero sobre todo de índole táctica, se expresa a menudo de un modo muy indeterminado. Justamente a causa de su singularidad, los árabes contemporáneos y los de la generación siguiente se mostraron enteramente incapaces de oponer a las tesis del Corán algo equivalente, o incluso de entenderlas suficientemente. No es de extrañar que el Corán sea considerado por los musulmanes como una revelación descendida del cielo.

No es ni siquiera seguro que fuera Mahoma el redactor del Corán. Según una hipótesis que cabe tomar en serio, fue más bien un rabino de la Meca, quien después se habría ganado a Mahoma para su convicción y lo habría formado para convertirlo en un pionero del Islam. Aquí podemos dejar esta cuestión de lado. Pero una cosa resulta con entera evidencia: el redactor del Corán fue un rabino altamente formado, que supo aprovechar de modo genial todos los métodos de la interpretación rabínica. Es más: el redactor se nos revela como un gran genio, como un hombre de una historia enteramente nueva, que se dirige de modo enteramente consciente a determinar resuelto la historia. Desde este fundamento, se entiende bien que tomara sus nuevos y geniales pensamientos por inspirados, o que, cuanto menos, pudiera hacerlos pasar creíblemente como inspirados. (A partir de ciertos fragmentos cabe advertir que no siempre procede honestamente, y esto puede haber llevado al juicio, que por lo demás aparece tempranamente, de que él, junto con Moisés y Jesús, fue un embustero.)

Por cuanto respecta ahora al libro sagrado mismo, ya de él se desprende que en la única forma en que nos ha llegado no es la primera redacción de la revelación. Théry ha aducido serios argumentos a favor de que el Corán habría sido redactado en una versión anterior, hoy perdida, en lengua hebrea. Originalmente, el redactor sólo habría querido transmitir la Tora a los árabes. Para nuestro actual propósito podemos dejar también esto de lado. Basta con advertir en qué situación de la

historia universal surgió el libro, y de qué modo la actitud que hay en él de determinación de la historia se refiere a esta situación.

Vista desde los grandes imperios, la península árabe, a comienzos del séptimo siglo, era en lo político aún una tierra de nadie. El intento bajo el emperador Justiniano de anexionarla al imperio romano oriental había fracasado. La península seguía siendo zona de influencia de los dos grandes imperios rivalizantes, Roma y Persia. Los linajes árabes eran aún predominantemente paganos, y su religión se caracterizaba sobre todo por un culto rígido. Por otro lado, se habían propagado ya bastante el judaísmo religioso junto con un cristianismo casi enteramente monofisita, o bien radicalmente nestoriano. Tras la destrucción de Jerusalén por los romanos y tras la expulsión de los judíos, muchos refugiados judíos habían llegado a Arabia, donde se sentían en una situación similar a la de los judíos en la época de su esclavitud mil años atrás en Babilonia. El centro espiritual del judaísmo después de Jesucristo, que por mayor simplicidad llamaré «judaísmo rabínico», se hallaba en Tiberias. Y ahora, durante los siglos siguientes, aconteció en la historia algo verdaderamente único. El judaísmo rabínico, a lo largo de un amplio frente, había comenzado a hacer misionado entre los árabes de la península. En consecuencia, a comienzos del séptimo siglo encontramos no pocos rabinos que, perteneciendo al pueblo árabe, de religión eran judíos. Como podrá desprenderse a partir de las explicaciones que van a seguir, este intento misional fracasó radicalmente, más aún, tuvo un efecto catastrófico para el judaísmo religioso. Pero en el judaísmo rabínico, sus éxitos fortalecieron en principio la esperanza de poder reconstruir un reino judío. Mil años atrás, Ciro había posibilitado a los judíos prisioneros en Babilonia reedificar Jerusalén y el templo en la Ciudad Santa. Los mismos persas, así se esperaba y no sin motivo, permitirían a un nuevo Nehemías fundar en Palestina y en Arabia un nuevo reino judío y restablecer en Jerusalén el culto en el templo.

Estas esperanzas tomaron cuerpo cuando, bajo el poder de Cosroes, en el año 614 los persas conquistaron la zona meridional del imperio romano oriental y Jerusalén cayó en sus manos. Ya previamente los árabes rabínicos habían servido a los persas como quinta colonia frente a la Roma oriental. Como recompensa, tras la conquista de Jerusalén, se les transfirió la administración. Durante los catorce años hasta la reconquista por el emperador Heraclio, parece que hubo incluso intentos de cumplir de nuevo el sacrificio diario en el templo. No es casual que la segunda Sura del Corán se llame abreviadamente «La vaca», pues el pensamiento central de ella es un nuevo sacrificio, el de una vaca que debe ser atravesada y fijada sobre un pilote. Este sacrificio debía ser un sacrificio puro, perfecto, a saber, desinteresado (de ahí la autodesignación de los seguidores de la nueva religión como «muslines», es decir, los perfectos, los puros), para lo cual el redactor parece haber tenido el propósito de que dicho sacrificio se ofreciera en Jerusalén.

Bajo estas condiciones históricas, el redactor del Corán persigue tres fines: la aniquilación del paganismo, la superación espiritual de los «nazarenos» y la inclusión de los judíos en la nueva forma profética de la religión de la Tora. El fin primero lo consiguió tan bien que los linajes árabes enemigos, o cuanto menos separados, se

unificaron en la nueva religión monoteísta, y de este modo lograron una fuerza de choque política con la que nadie había contado.

Por cuanto respecta al cristianismo en la península árabe, hay que tener siempre a la vista que era de tipo monofisita, o bien nestoriano. El rasgo común de estas tendencias es que la carne se consideraba en lo más hondo como impura e indigna, de modo que no podía admitirse que Dios hubiera asumido naturaleza humana, es decir, carnal, o bien que Dios mismo, y no sólo el hombre Jesús, procedía del seno materno de María. Esta actitud, en cierta medida, quedaba predestinada para el estricto monoteísmo del Islam, y desde ella se explica también por qué la parte meridional del imperio romano oriental ofreció una resistencia tan poco enérgica a un Islam en expansión.

Por cuanto atañe al judaísmo, el redactor del Corán afirma no representar otra cosa que la doctrina de la Tora. Según su concepción, la modificación de ciertas leyes rituales y decretos legales no lo pone en contradicción con el Pentateuco; modificaciones semejantes pueden comprobarse igualmente en la época veterotestamentaria, y asimismo se realizaron en el judaísmo rabínico. Esta actitud fundamental de que la doctrina del Corán no es sino la pura doctrina de la Tora es ahora de la mayor significación. A partir de sus fundamentos, cabría pensar que el Islam y el judaísmo podrían reconciliarse, y esta idea parece mover también a quienes, tanto en Israel como en la Palestina árabe, buscan una reconciliación duradera. Dejemos de lado si en todo ello no juega también el pensamiento de fondo de abrazarse al otro como a un asidero, aunque sea algo sobre lo que hay que reflexionar. Por qué este tipo de comunidad es sin embargo radicalmente imposible, lo mostrará lo que sigue.

Pero ahora, el redactor del Corán polemiza contra el judaísmo *rabínico*, sobre todo, como es natural, en la medida en que éste se cierra a su doctrina. ¿Cuáles son los motivos? Según el Corán, Jesús fue un profeta real en Israel, que abrió a los judíos por vez primera la «comprensión» para la fe de la Tora. Con el rechazo y la muerte de Jesús, los judíos se cerraron a esta comprensión. Evidentemente, el centro de esta comprensión es el «sacrificio puro». Después de Moisés, los judíos habrían brindado obedientemente sacrificios, pero sin la comprensión de tal acto, o en todo caso no con una comprensión suficiente. Por este motivo no pudieron tampoco convencer a sus adversarios, los nazarenos. Habiendo establecido todo tipo de doctrinas contra esta comprensión pura, se hicieron apóstatas.

También los cristianos han pecado gravemente. Ya los apóstoles le atribuyeron la divinidad, que él mismo en cambio jamás reclamó. Con ello, han abandonado el pensamiento fundamental de la Tora. También ellos son apóstatas. Dios los condenó haciendo imposible a ambas partes que cada una convenciera a la otra. Pero este cisma es un escándalo religioso que no debe ser tolerado. Los apóstatas tienen forzosamente que perder la fe.

En esta situación, el redactor de la Tora concibe ahora un pensamiento que habría de mostrarse en sumo grado como gestador de historia. Precisamente a causa de su apostasía, Dios retira la elección de los judíos (también de los nazarenos) y la destina a los árabes creyentes según la Tora.

¿Cómo? El redactor de la Tora recurre al teorema de San Pablo en la Epístola a los Romanos, Cap. IX-XI, conforme al cual la designación de los judíos como pueblo elegido se retiró de ellos a causa de su infidelidad caída por sí misma en culpa, y se transmitió a los cristianos. Dios cumple su anuncio expresado en boca del profeta Oseas: «Llamaré pueblo mío al que no era mi pueblo.» Pero lo que Pablo afirma de los cristianos, el redactor del Corán lo afirma de los hijos de Ismael, y lo fundamenta a partir de la misma Tora.

Según este razonamiento, en el llamamiento a Abraham hay que distinguir varios niveles. En primer lugar, Dios prometió a los descendientes carnales del linaje paterno su ampliación hasta un gran pueblo. Esta promesa concernía a todos cuantos por procreación fueran hijos de Abraham. Pero ahora Abraham no tenía ningún descendiente, pues su mujer Sara era estéril y además ya llegada a una edad avanzada. A propuesta de esta misma Sara, Abraham tomó en sustitución a una esclava egipcia, Agar, para engendrar un hijo. Según las convicciones en el tiempo de los patriarcas, esto era legítimo, pues la mujer que entra en sustitución no gesta el descendiente para sí, sino para aquella a quien sustituye y para el marido de ésta. Ciertamente que también este niño tenía que ser tratado con todos los derechos del descendiente del matrimonio legítimo (lo que después Abraham, incurriendo en culpa, no hizo). Agar gestó para Abraham un hijo, Ismael. Tras su nacimiento, Dios aparece en el segundo nivel de su alianza con Abraham: exige de éste la introducción de la circuncisión como signo del servicio a Dios. Este acontecimiento es de la mayor importancia. Mediante la circuncisión, el derecho y las prerrogativas del nacimiento, que hasta entonces eran evidentes, son abolidos. El circuncidado es *filius adoptionis*, sujeto de ciertos derechos de modo facticio, no natural. No es casual que la segunda Sura termine apelando a Dios como «Tú, nuestro circuncisor», lo cual era imposible para una mentalidad judeo-rabínica. Fiel al mandato divino, Abraham circuncida entonces a su hijo Ismael (Isaac no había nacido aún). Este es por tanto, según el relato histórico, el primer circuncidado. Cuando, en una segunda aparición, Dios promete a Abraham que Sara, a pesar de su edad, le ha de dar aún un hijo, Abraham no puede creer al principio que la promesa le será participada a éste. Dios le saca en cambio de su error, pero añade: «En cuanto a Ismael, también por él te he escuchado; también a él le bendigo...». A instancias de Sara, tras el nacimiento de Isaac Abraham expulsa a Agar junto con Ismael. Pero en la huida ella recibe la asistencia de Dios, pues El quiere hacer del hijo de ella el padre de muchos pueblos.

Hay que tener siempre a la vista que merced a los minuciosos registros genealógicos de la Biblia y de la historia registrada sin lagunas, los árabes consideraron a Abraham y a Ismael como personalidades reales de su historia, mientras que, por el otro lado, tomaron a Isaac y a Jacobo como los personajes determinantes de la historia judía. También hoy, los musulmanes árabes que custodian la Ciudad Santa de la Meca ven de este modo su historia antecedente. Para ellos es pues de una significación inmediatamente concreta el ser hijos del llamamiento, pues, y en esto coincide por entero el redactor del Corán con Pablo: «El llamamiento de Dios es irrevocable», es decir, la elección de Dios mediante la circuncisión y la promesa para el futuro terreno y celestial no son conculcados por

nada.

Y ahora el pensamiento decisivo: porque los judíos y los nazarenos son infieles al mandato de Dios y se han hecho apóstatas, Dios –como es inspirado– retira de ellos el mandato de ser portadores de la verdadera revelación, y lo transfiere a Ismael, el primer circuncidado, y a sus descendientes. Ellos están llamados a liberar la Ciudad Santa y a anunciar la ley infalseada y, en consecuencia, a realizarla.

Con esto se revela una circunstancia de un efecto histórico decisivo. Ya en el judaísmo veterotestamentario la pertenencia a una estirpe fue sobrepujada por la circuncisión. Pero el llamamiento y el mandato siguió siendo siempre a un único y mismo pueblo. Si bien, y merced a la retransferencia a Ismael del mandato de la revelación, se sigue manteniendo para los musulmanes árabes la unidad de pertenencia a un pueblo y de adopción mediante circuncisión –pues Ismael es hijo de Abraham y está circuncidado–, sin embargo, mediante el cambio de los descendientes de Jacobo a los descendientes de Ismael, se reemplaza la pertenencia a pueblo de los portadores de la revelación. Esto tuvo la enorme consecuencia de que el Islam podía y puede ahora hacer misionado con buena conciencia, pues la pertenencia a una estirpe ya no tiene de facto el mismo significado que en el judaísmo. Y así ha seguido siendo hasta hoy: el judaísmo no puede hacer misionado, el Islam puede hacer misionado, y lo ha hecho con gran éxito y gracias a él se ha convertido en una potencia mundial. En rigor, sólo aquí aparece la entera significación de la circuncisión, de lo cual el redactor del Corán tenía muy clara conciencia.

Comparemos esta situación de los musulmanes con la de los cristianos. En el cristianismo, e introducido por Juan el Bautista, además de la circuncisión aparece todavía el bautismo como un tercer momento, que deroga aquella. ¿Qué significa esto? La circuncisión era un señalamiento externo. En el bautismo sin embargo, y aunque el bautizado se sumerge en el agua, el anterior hombre pecador es purificado y vuelve a salir del agua como renacido: pero el agua no se pega a su cuerpo. Además, el agua es sólo la representación del Espíritu Santo, en el cual, quien se hace cristiano, es conducido a ser hijo de Dios. Esto significa que la filiación a Dios, respecto a Abraham, ha pasado ahora a ser puramente espiritual, que no requiere ni de la pertenencia a una estirpe ni de ningún señalamiento externo. El cristiano es *hijo espiritual* de la elección.

En este punto, tengo que llamar la atención sobre el papel que desempeñó la reconquista de Jerusalén por Heraclio. Como es sabido, este emperador, en una serie de victorias fulminantes, reconquistó el imperio persa e hizo de la Ciudad Santa nuevamente una ciudad cristiana. Con ello, y en primer lugar, se acabó el sueño del restablecimiento del culto en el templo. Esto se refleja en el Corán del modo siguiente: mientras que en las primeras Suras la «peregrinación», es decir, la expedición para la conquista de Jerusalén, y el sacrificio puro de la vaca son aún temáticamente centrales, parece luego que la Meca, que Mahoma perseguido tuvo que abandonar, ocupa el lugar de Jerusalén. Se renunció a la pretensión de la renovación del sacrificio. La consecuencia fue que el Islam pasó a ser, así como el judaísmo rabínico, una religión de texto sin sacrificio.

Si bien, por un lado, esto llegó a ser así por la victoria del imperio romano oriental, obedece no obstante asimismo a la lógica propia del asunto.

La reintroducción después de Cristo del sacrificio de animales es un asunto sobremanera problemático. Cuando, poco después de la guerra de los seis días, fui a Israel para dar unas lecciones, judíos liberales dirigentes, en un estado de grande agitación, me declararon, para máximo asombro mío, que sólo pasando por encima de sus cadáveres lograrían renovar los religiosos el culto en el templo. Precisamente después del autosacrificio de Cristo, el sacrificio de animales no puede ya sostenerse. Tampoco el redactor del Corán pudo salvar esta imposibilidad cuando exigía el sacrificio puro de la vaca. Pues aun suponiendo que este sacrificio es ofrecido por quien se sacrifica con el propósito abnegado de servir puramente a Dios, no puede tampoco alcanzar el sacrificio de Cristo: la culpa porque la sangre se derrama en beneficio de tal o cual cuya vida se ve conservada e incrementada, en ese caso permanece. Sólo en el sacrificio de Cristo es verdaderamente expiada, porque él se sacrifica voluntariamente a sí mismo, y entonces no permanece culpa por ninguna sangre ajena derramada.

Esta circunstancia da lugar al paradójico resultado de que el judaísmo y el Islam se han convertido en religiones abstractas, sin sacrificio (al igual que, por otra parte, el protestantismo radical dentro del cristianismo). Pero, considerado en profundidad, esto es enteramente consecuente. El Islam, como el monofisismo cristiano, desprecia la carne. Juan Damasceno, quien tuvo que saberlo puesto que vivió en medio de un mundo islámico, formuló una vez el pensamiento católico así: «¡No desprecies la materia, pues ella no es nada indigno! ¡Nada de lo que Dios ha creado es en cuanto tal indigno!» Concisamente, el cristianismo es la religión de la encarnación, de la afirmación de lo sensible en tanto que, por naturaleza inocente, es santificado desde arriba. Aquello de lo que la procreación no es capaz, lo puede la liberación espiritual a través de la entera expiación en el sacrificio de Cristo. En consecuencia, la fe católica infalseada podía y tenía que ver y conservar su punto central en el sacrificio de la misa. La vivificación de la madera muerta a causa del pecado, se verifica mediante el triunfo espiritual sobre la muerte.

El redactor del Corán no entendió este pensamiento, el más profundo del cristianismo, ni quiso entenderlo, pues compartía con el monofisismo la actitud frente a la carne. De modo enteramente consecuente, tampoco podía ver en Jesús al hijo de Dios, que, con palabras de Pablo, sin pecado propio, por nosotros se hizo pecado para extirparlo. Por haber interpretado de este modo a Cristo, los cristianos han apostasiado de la verdadera fe de la Tora. Por el otro lado, también el judaísmo rabínico se ha corrompido, pues no se ha sumado a la «comprensión espiritual» del sacrificio prescrito por Moisés. Los judíos han quedado en servidores de la obediencia a la ley.

Pero antes de reflexionar sobre las consecuencias de este desarrollo, es bueno poner primero en claro qué fuerza liberadora y alentadora ha surgido de la tesis de que Dios recurriera a Ismael, el primer circuncidado. Ya la fe en un Dios único pudo unificar a los árabes antes paganos y dispersos en su paganismo. El pensamiento de

que, antes que todos, son *ellos* los elegidos sobre la tierra, quienes cumplen el mandato de la revelación, tuvo que elevar resueltamente su conciencia. Y a esto se sumó ahora que ellos, en contraposición al judaísmo rabínico, podían hacer misionado con buena conciencia. Veinticinco años después de la muerte de Mahoma, el imperio persa es derrotado, Jerusalén y los territorios de la costa oriental y meridional del Mediterráneo han sido arrebatados a Bizancio, y el Islam alcanza hacia el este la India y hacia el oeste la costa atlántica. Los mismos nómadas árabes que antes representaban sólo un fenómeno marginal de la historia mundial se constituyen en una de las potencias decisivas.

Observemos que, ciertamente, reivindicando la elección de gracia en Ismael, Islam y judaísmo se vuelven necesariamente irreconciliables. Ser el elegido no es un atributo ordinario, sino un *proprium*, y si quisiera reconciliarse con los judíos, el Islam tendría que renunciar a la conciencia que se funda en aquel.

Pero hay aún un segundo motivo para esta irreconciliable, que hoy es particularmente efectivo. El judaísmo rabínico y el cristianismo nazareno son apostasías de la verdadera y eternamente válida fe de la Tora. Esta apostasía trae consigo su castigo. La destrucción de Jerusalén, la toma de Jerusalén por los persas, son sólo anticipos de lo que la cólera de Dios arrojará sobre los infieles. Porque son apóstatas, pierden necesariamente la fe, a saber, hasta la fe en general en Dios. Judaísmo y cristianismo *tenían que* convertirse en deístas y, finalmente, en ateos. Después que Mendelssohn abriera la puerta de la emancipación social de los judíos, pudo el sionismo triunfar como una forma del judaísmo mundanal. Por cuanto respecta a los cristianos, la masonería y la reclusión de la religión a una esfera puramente privada a través de la revolución francesa, han descristianizado a la cristiandad. Para ambos vale lo que dice el profeta Jeremías: «Maldito sea el hombre que confía en el hombre... Pero bendito sea el hombre que confía en Dios.» ¡«Islam» significa confianza en Dios! Y el Islam se considera, frente al moderno mundo ateo occidental, como el defensor y baluarte de la religión.

El redactor del Corán tiene para ello una imagen cautivadora: quien es obediente a la llamada de Dios, marcha igual que los hebreos salieron de Egipto con Moisés, y atraviesa indemne el mar Rojo, que en cambio se cierra sobre los egipcios. Durante el día, Dios protege a los que marchan con una nube de sombra, de noche ilumina su camino con un fuego iluminador. Pero en esta marcha hacia la Jerusalén celestial hay fases de una noche sin luz, en la que nadie puede actuar. Durante este tiempo, los elegidos se detienen, hasta que, gracias a una nueva intervención de Dios, pueden reemprender la marcha. Un tiempo así fue la época desde la destrucción de Jerusalén por los romanos hasta la nueva revelación en el Corán. También la época actual es un tiempo semejante, en tanto que no se puede hacer misionado entre los ateos. Pero esta noche pasará, no puede detener definitivamente la marcha de los elegidos.

Y así nos encontramos ante la situación actual. Europa, los Estados Unidos y la Israel sionista son dominadas por las ideas de la ilustración. Su acción se basa en el convencimiento de que con sus propias fuerzas el hombre puede progresar y resolver sus problemas. Aunque a mediados del siglo XVIII Rousseau alzó su voz avisando de

que el aparente progreso es sólo el camino hacia un esclavizamiento cada vez mayor y hacia la autodestrucción, hasta ahora no se le ha prestado atención; los acontecimientos no eran aún lo suficientemente fuertes como para destruir en lo fundamental la fe en el progreso. Pero el desarrollo posterior conducirá a ello. El Islam se considera, frente a este fenómeno, como el baluarte de la confianza en Dios y de la religión, que tuvo siempre su centro en Asia. Ciertamente que no sólo el Islam piensa así, pero es no obstante la manifestación numéricamente puntera de esta actitud.

Desde la muerte de Platón hasta la primera mitad del siglo primero después de Cristo, la antigüedad tardía era ilustrada. Pero esta ilustración resolvía los problemas en tan poca medida que en torno al año 50 después de Cristo las religiones orientales inundaron el imperio romano, y finalmente provocaron la caída de su paganismo. Fue y es necio negar o solapar el problema religioso. Si esto sucede, hemos de esperar entonces un contragolpe fundamental desde el lado de la religión. Y la propagación del cristianismo en la Roma tardía y la propagación del Islam a comienzos del siglo séptimo son ejemplos que nos advierten de cuán repentinamente puede este contragolpe aparecer y cumplirse.

* * *